

Nicolás ZAVADIVKER (comp.): *La ética en la encrucijada*, Buenos Aires: Prometeo Libros 2008, 304 pp.

Si se piensa en la historia de la Filosofía podrá verse sin demasiado esfuerzo que ciertos problemas gozaron de una total hegemonía en determinadas épocas. Así, en la Antigüedad el problema ontológico, en la Modernidad el problema gnoseológico y en el siglo XX el problema lingüístico. Sin embargo, hay ciertas áreas de la Filosofía que, si bien no gozaron de ese poder hegemónico, lo compensaron haciendo su aparición en todos los momentos de la historia del pensamiento. Los problemas ético-políticos son un ejemplo de ello; si consideramos a los principales pensadores de las épocas antes mencionadas, se verá que todos ellos tienen obras dedicadas a dichos temas.

Nos encontramos ahora con una obra que aborda, precisamente, el antiguo problema de si es posible, o no, una fundamentación objetiva y universal de normas éticas. En este sentido, Nicolás Zavadivker, que oficia de compilador y aporta un artículo, ha reunido un conjunto de trabajos que se muestran como representativos del panorama actual en las discusiones en torno a ética normativa, diferenciados en dos grandes grupos contendientes: los que afirman que es posible fundamentar un conjunto de normas éticas y los que afirman que esta tarea es imposible o infructuosa.

El libro se abre con un artículo del renombrado filósofo argentino Mario Bunge. Bunge, que se ha hecho de un lugar destacado dentro de la epistemología y la filosofía de la ciencia contemporánea, propone un programa tan ensayado como polémico. Con el estilo directo que siempre lo ha caracterizado, afirma lisa y llanamente la existencia de verdades morales basadas asimismo en la existencia de *hechos* morales. Previamente, Bunge se embarca en una aclaración del carácter “inocente”, “desideologizado” y “avalorativo” de la ciencia básica, procurando revertir de este modo su desprestigio, producto éste de una confusión de la ciencia con la tecnología. Sin embargo, su propuesta realiza un movimiento no exento de cierto carácter paradójico, pues una vez que se ha establecido el carácter inocente de la ciencia y su exclusiva búsqueda de la verdad, procura fundamentar un programa ético en la ciencia. La

ciencia no parece tan inocente, después de todo, si permite una fundamentación de normas ético-políticas. “La verdad científica te hará libre”, afirma.

Si el artículo de Bunge se propone fundamentar una ética objetiva en la ciencia, el artículo de Ricardo Guibourg va en sentido contrario. Sus argumentos están encaminados a desarticular la pretensión de universalidad y objetividad que pueda llegar a sostener cualquier teoría de ética normativa. Los pasos de Guibourg son claros: recalcar el antropocentrismo que se encuentra detrás de todo proyecto ético para después, a partir de un examen detallado de diferentes nociones posibles de *hombre*, llegar a la conclusión de que toda moral irremediamente es la expresión de una preferencia. Conocer los límites de nuestros juicios morales, desde dónde predicamos tolerancia y hacia quienes lo hacemos ayuda, si no a establecer criterios objetivos y universales, al menos evitar la soberbia, la obcecación y la violencia que puede llevarnos a creer que nuestros criterios morales son universales.

En el mismo sentido discurre el trabajo de Gerardo López Sastre. Aquí también, el antropocentrismo debe ser afirmado, pero ello, sin embargo, no implica que no pueda hablarse de una moral transcultural. Sastre propone rastrear en las coordenadas de los sentimientos, la razón y la imaginación para encontrar los parámetros de la moralidad transcultural buscada. Recurriendo a pensadores orientales así como a Jürgen Habermas, Sastre ilustra largamente el papel de los sentimientos en la conformación de la moralidad, afirmando a través de ellos, y en contra de lo que podría pensarse, una moralidad que une a la totalidad de los hombres.

Ricardo Maliandi expone en su trabajo —que por su complejidad, consistencia argumentativa y originalidad de la propuesta es uno de los mejores del conjunto— un ambicioso proyecto de fundamentación que ha desarrollado ya hace varios años y al que denomina *ética convergente*. Tomando como base la fundamentación pragmático trascendental de las normas desarrollada por K-O. Apel, Maliandi busca complementarla con los aportes que Nicolai Hartmann hizo desde la ética material de los valores en términos de una conflictividad inherente que caracteriza

al *ethos* de los hombres, conflictividad que según Maliandi no es tenida suficientemente en cuenta por Apel. Elaborando una estructura de las facultades de la razón, Maliandi logra dar forma a una ética que, a través la fundamentación de cuatro principios, puede conjugar más adecuadamente las exigencias normativas de la razón práctica con la conflictividad ineliminable del *ethos*.

El artículo de Natalia Zavadvker examina minuciosamente el programa que la sociobiología ha desarrollado para explicar el comportamiento humano a nivel social y discute en qué medida puede servir para dar fundamento a un conjunto de normas morales. De un modo más que pertinente, el trabajo llama la atención sobre los peligros y las aporías al extraer premisas morales de los preceptos de la sociobiología. A continuación, el trabajo de Samuel Schkolnik, de carácter predominantemente ensayístico, busca las raíces de la dignidad humana en una descripción exhaustiva de las características que definen a una persona.

El artículo del destacado filósofo finlandés Henrik von Wright aborda, como no lo hace ningún otro de la colección, el problema de las *valoraciones* morales, proponiéndose una nueva fundamentación para la teoría emotivista de los valores. Sus conclusiones, de todas formas, no desentonan con el espíritu de algunos de los artículos anteriores, por ejemplo, en el carácter subjetivo o relativo que definen a los valores y, por lo tanto, al conjunto de su propuesta. Asimismo, el artículo de Roberto Rojo examina si es posible fundamentar una ética desde la obra de Wittgenstein, maestro de Henrik von Wright. En este sentido, el propio Rojo cree que esto debe buscarse no en sus propias declaraciones referidas a la cuestión sino en su crítica de la cultura (y de la ciencia) y en su sentido religioso.

El objetivo del trabajo de Nicolás Zavadvker es sostener la idea de que no es posible fundamentar una ética objetiva y que “toda tentativa de este tipo conduce invariablemente al fracaso”. A través de una detallada distinción entre el uso descriptivo y el uso normativo del lenguaje, y echando mano del pensamiento de Hume, Zavadvker busca desarticular los intentos contemporáneos de defender el cognitivismo metaético. En este sentido, un apartado especial merece la *Ética del Dis-*

curso de K-O. Apel y J. Habermas pues ellos se han ocupado por definir su propia teoría con ese calificativo. Como conclusión, para Zavadivker, la Ética del Discurso no puede evitar cometer lo que el autor denomina la *Falacia de la Justificación Cognitiva*.

Julio Cesar Castiglione trae los aportes al debate de la fundamentación desde una perspectiva tomista. En este sentido, el trabajo pone en escena nuevamente la cuestión de la naturaleza como fundamento de la normatividad. Así, los principios de la ley natural son para Castiglione, como para santo Tomás, evidentes e indemostrables. Esta propuesta presenta, sin duda, innumerables inconvenientes que el autor no despeja en su totalidad, pasando por alto las múltiples objeciones que se le hicieron y que la convierten en una curiosidad en el panorama ético contemporáneo. De todas formas, el artículo es una buena muestra de lo que el naturalismo puede dar todavía en términos éticos.

Una de las propuestas que más decididamente ha apostado por una fundamentación objetiva y universal de normas morales en la escena filosófica contemporánea es explicada y defendida por el artículo de Alberto Damiani. En la senda de la pragmática trascendental de K-O. Apel, Damiani indaga en una fundamentación que puede demostrarse en el mismo acto de preguntar por la existencia de normas morales objetivas y universales. En el fondo, para Damiani como para Apel, todas las exigencias performativas que se *presuponen* en nuestro uso serio del lenguaje son normas morales obligatorias. Quienes también insisten en la Ética del Discurso, que a esta altura se ha transformado en interlocutor repetido y referencia ineludible de la escena ética contemporánea, son los trabajos de Andrés Crelier y Ricardo Salas Astraín. El primero defiende de manera contundente las afirmaciones de Apel contra las objeciones de Barry Stroud y el segundo busca sumar a la ética de Apel los aportes de la hermenéutica de Paul Ricoeur.

Ya en la parte final de los artículos, el liberalismo aparece bajo la lupa de los trabajos de Daniel Kalpokas y Eduardo Barbarosch. El primero acierta en descubrir ciertas inconsistencias dentro del etnocentrismo liberal de Rorty, mientras que el segundo reconstruye en forma metódica las fases de la fundamentación de Rawls de los principios de justicia.

Hasta aquí los artículos, una palabra aparte merecen las tres entrevistas que funcionan a modo de corolario y que de por sí valen el libro entero. Tres verdaderos maestros del pensamiento contemporáneo, Hans-Georg Gadamer, K-O. Apel y Paul Lorenzen, toman la palabra en respectivos diálogos con Ricardo Maliandi. En suma, un libro que a través de movimientos pendulares entre aquellas posiciones pro fundacionistas y aquellas deficitarias en términos de objetividad y universalidad, se muestra como claramente ilustrativo de las tensiones que trasvasan la escena ético-filosófica contemporánea.

Leandro Paolicchi
CONICET / UNMdP / AAdIE